

Ex-
Libris
Biblioteca
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona



FABULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

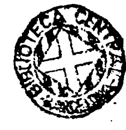
DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO,

POR

D. Felix Maria Samaniego,

DEL NUMERO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS.

NUEVA EDICION.



TOMO I Y II.

Barcelona:

POR D. JUAN FRANCISCO PIFERRER,
IMPRESOR DE S. M. PLAZA DEL ANGEL.

1843.

Duplex libeli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.

Phedr. Fab. Prol. Lib 1.

PROLOGO.

Muchos son los sabios de diferentes siglos y naciones que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraido del árduo empeño de meterme á contar Fábulas en verso castellano. Así hubiera sido: pero permítame el público protestar con sinceridad en mi abono que en esta empresa no ha tenido parte en mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona en quien respeto unidas las calidades de tio, maestro y gefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educacion como á base en que estri-

ba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo (por decirlo así) el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la Fabula, me destinó á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, segun deseó Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas algunos de mis primeros ensayos, cuando los leian y estudiaban á porfia con indecible placer y facilidad, mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan des-

agradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo este su ambiciosa condicion, desea que respectivamente logren mis Fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aun si es posible entre los doctos: pero á la verdad esto no es tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Despues de haber repasado los preceptos de la Fábula, formé mi pequeña libreria de Fabulistas: examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos despues de

Esopo, á *Phedro* y *La-Fontaine*: no tardaré en hallar mi desengaño. El primero mas para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la union de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este Poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á esta le faltan para igualar á la latina en concesion y energía? Este conocimiento, en que me aseguró mas y mas la práctica, me obligó á separarme de *Phedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las Fábulas de la *Cigarra y la Hormiga*, *el Cuervo y el Zorro*, y alguna otra), pero reconocí que no podia, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales, que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso Fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamen-

te que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Locmano*, *Esopo* y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar, que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus Fabulas en boca de Quintiliano: *por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos Fábulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de *Esopo,* entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no solo en el estilo y gusto de la narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto, ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo, ó mudando alguna

cosa, que sin tocar al cuerpo principal del Apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad, segun mi conciencia, mas de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la Fábula, pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los Fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma Fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la Fábula ha habido Fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad, ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atencion, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprension

de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no solo humilde, sino aun bajo, malo es; ¿mas no seria muchísimo peor, que haciéndolo incomprensible á los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte, desconfio conseguir mi fin. Un autor moderno en su tratado de educacion dice: que en toda la coleccion de *La-Fontaine* no nouoce sino cinco ó seis Fábulas *en que brilla con eminencia la sencillez pueril;* y aun haciendo análisis de alguna de ellas, encuentra pasages desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mi una leccion. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla mas de la mitad de Fábulas, que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa mas trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguage en que debemos enseñar á los muchachos;

pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de estos, y medir así los grados á que llega la comprension de un niño?

En cuanto al metro no guardo uniformidad: no es esencial á la Fábula, como no lo es al Epígrama y á la Lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexion de uno á otro como en las Liras y Epígramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos, y se opone á la varia armonía, que tanto deleita el ánimo, y aviva la atencion. Los Jóvenes que tomen de memoria estos versos adquirirán con la repeticion de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oido.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos, pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su fre-

cuente uso al de otros medios, por la ventaja que no tienen los de estancias mas largas, en las cuales por acomodar una sòla voz que falte para la clara esplicacion de la sentencia, ó queda confuso, y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado, y lleno de ripio.

En conclusion: puede perdonársememe bastante por haber sido el primero en la nacion que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guia, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Miéntras àsi no lo hagan, habrémos de contentarnos con leer sus escelentes Églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

Libro Primero.

FABULA PRIMERA.

EL ASNO Y EL COCHINO.

Á LOS CABALLEROS ALUMNOS

DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO

VASCONGADO.

O Jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirijis vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda,
En que marchais, guiados
A la luz de las ciencias
Por profesores sábios;
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo
Con la esteva agoviado
El labrador sus bueyes
Guia con paso tardo;

Mas al fin llega á verse
En medio del verano
De doradas espigas
Como Ceres rodeado.
A mayores tareas,
A mas graves cuidados
Es mayor y mas dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas
La labradora mano
¡Con qué gusto recoje
Los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea.
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un jóven entre tantos
Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa enhorabuena:
¿Digo yo lo contrario?
Tan léjos estoy de eso,
Què en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos.

Os han de hablar en verso,
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos mas sanos.
Deleitaos en ello,
Y con este descanso
A las serias taréas
Volved mas alentados.
Ea, jóvenes, ea
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Pero qué! ¿os detiene
El ócio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis jóvenes amados:

Envidiando la suerte del Cochino
Un Asno maldecia su destino.
Yo, decia, trabajo, y como paja;
El come harina y berza, y no trabaja;
A mí me dan de palos cada dia;
A él le rascan, y halagan á porfia.
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte,
Que á la pocilga alguna gente avanza,
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo cochino fin sangriento;

Dijo entre sí el jumento:
Si en esto pára el ócio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos.

FABULA II.

La Cigarra y la Hormiga.

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno:
Los frios la obligaron
A guardar el silencio,
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil espresiones
De atencion y respeto
La dijo: doña Hormiga,
Pues que en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa,
Con que viva este invierno.

Esta triste cigarra,
Que alegre en otro tiempo
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme,
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero;
¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
¿Dime pues holgazana,
Qué has hecho en el buen tiempo?
Yo, dijo la Cigarra:
A todo pasagero
Cantaba alegremente
Sin cesar ni un momento.
Ola! ¿con qué cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.

FABULA III.

El Muchacho y la Fortuna.

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
Insensato despierta,
¿No ves que ahogarte puedes
Á poco que te muevas?
Por tí, y otros canallas
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de fortuna
Llamais á las miserias:
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FÁBULA IV.

La Codorniz.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.

¡Ay de mí miserable
Infeliz avecilla,
Que ántes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡O cara golosina!
El apetito ciego
¡A cuántos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!

FÁBULA V.

El Aguila y el Escarabajo.

Que me matan, favor: así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una Aguila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror esclama de esta suerte:
O Reina de las aves escogida,

¿Por qué quitas la vida
Á este pobre animal, manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras,
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corbo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el Escarabajo así decia,
La Aguila con desprecio se reia,
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase:
El pequeño animal asi burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera,
Vuela al nido del Aguila altanera;
Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La Reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter escelso humilde llega,
Espone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal: el Dios propicio;
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Aguila sus huevos, y se fuese,
Que á la vuelta colmada de consuelos

Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo,
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que segun yo pienso,
Para los Dioses no es muy buen incienso;
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido;
Júpiter que se vió con tal basura
Al punto sacudió su vestidura
Haciendo al arrojar la albondiguilla
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el Aguila, y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo;
Porque al mas miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

FABULA VI.

El Leon vencido por el Hombre.

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que valiente

Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció,
Otro Leon, que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: bien se deja ver,
Que es pintar como querer,
Y no fué Leon el pintor.

FÁBULA VII.

La Zorra y el Busto.

Dijo la Zorra al Busto,
Despues de olerlo:
Tu cábeza es hermosa,
Pero sin seso.
Como éstos hay muchos
Que aunque parecen hombres,
Solo son Bustos.

FÁBULA VIII.

El Raton de la Córte y el del Campo.

Un Raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda:

Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan primero,*
Sus sentidos allí se recreaban;
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles y cecinas,
Saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso:
En esta situacion tan lisongera
Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
¡Esto tenemos! dijo el Campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de alli adelante,
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

FABULA IX.

El Herrero y el Perro.

Un Herrero tenia
Un Perro que no hacia
Sino comer, dormir y estarse echado:
De la casa jamás tuvo cuidado;
Levantábase solo á mesa puesta:
Entónces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil escesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el Amo,
Que aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente;
En la fragua jamás te ví presente:
Y yo me maravillo
De que no dispertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
Que el Amo, hecho un gañon, y sin reposo
Te mantiene á lo conde muy ocioso.
El Perro le responde:
¿Qué mas tiene que yo cualquiera conde
Para no trabajar debo al destino
Haber nacido Perro y no pollino.
Pues señor conde, fuera de mi casa,

Verás en las demás lo que te pasa.
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una:
Allí le hacen servir de centinela,
Y que pase la noche toda en vela;
Acá de lazarillo y de danzante,
Allá dentro de un torno á cada instante
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera,
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

FABULA X.

La Zorra y la Cigüeña.

Una Zorra se empeña
En dar una comida á la Cigüeña.
La convidó con tales espresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo mas escelente y esquisito.
Acepta alegre, va con apetito:
Pero encontró en la mesa solamente
Gigote claro sobre chata fuente.
En vano á la comida picoteaba,
Pues era para él guiso que miraba
Inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatiz si á Holanda fuera.

Mas de allí á poco tiempo convidada
De la Cigüeña, halla preparada
Una redoma de gigote llena:
Allí fué su afliccion, allí su pena.
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hipócrita redoma:
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que á conveniencia
Chupaba la del pico á su presencia,
Vuelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin se aburre.
Marchó rabo entre piernas tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
de decir: *estdn verdes* como antaño.
Tambien hay para picaros engaño.

FABULA XI.

Las Moscas.

A un panal de rica miel
Dos mil Moscas acudieron
Que por golosas murieron
Presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.
Asi, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.

FÁBULA XII.

El Leopardo y las Monas.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan cuando cazaba
Un Leopardo: apenas lo veían,
A los árboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir no están maduras.
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto:
Hasta las viejas Monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar: la mas osada
Baja arrímase al muerto de callada:
Mira, huele, y aun tienta,
Y grita muy contenta:
Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto que empieza á oler el tal difunto.
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos á su lado queda;
Otra se finje muerta, y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero;

Y mas que nunca fiero,
Pilla, mata, devora de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.
Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.

FÁBULA XIII.

El Ciervo en la Fuente.

Un Ciervo se miraba
En una hermosa cristalina fuente:
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente:
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
¡O Dioses! ¿á qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construís su cimiento,
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡O qué pesar! ¡ó qué dolor profundo
No haber gloria cumplida en este mundo!
Hablando de esta suerte
El Ciervo, vió venir á un lebrel fiero.
Por evitar su muerte
Parte al espeso bosque muy ligero;

Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretejida.
Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
Si me veo seguro,
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto.
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el cielo eternos.
Asi frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo mas dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULA XIV.

El Leon y la Zorra.

Un Leon, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguia hambriento y fiero
Al mamon becerrillo y al cordero,
Que trepando por la áspera montaña,
Huian libremente de su saña.
Afligido del hambre á par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseaba
Ser de los animales visitado.

Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era una hambre voraz, tan solo usaba
La receta esquisita
De engullirse al *Monsieur* de la visita.
Acércase la Zorra de callada,
Y á la puerta asomada,
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El Leon la divisó, y en el momento
La dice: ven acá, pues que me siento
En el último instante de mi vida:
Visítame como otros, mi querida.
¿Cómo otros? ¡Ah señor! he conocido
Que entraron sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien el entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV.

La Cierva y el Cervato.

A una Cierva decia
Su tierno Cervatillo: madre mia,
¡Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente!
Siendo él mucho menor, ménos pujante,
¿Por qué no has de ser tú mas arrogante?

Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando así lo pienso, desafío
A mis solas á veinte perros juntos:
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo á los unos; que otros falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte.
Mas si embebida en este pensamiento
A un perro ladrar siento,
Escapo mas ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el diablo.
A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado;
Pues por mas que al mirarse la armadura,
Piense en tiempo de paz que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa;
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia,
Mas que el diablo se lleve la victoria.

FABULA XVI.

El Labrador y la Cigüeña.

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solian hacer pasto.
Armó sin mas tardanza

Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las Grullas y los Gansos.
Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando,
Quítame las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados.
La diosa Céres sabe,
Que léjos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.
La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FABULA XVII.

La Serpiente y la Lima.

En casa de un cerragero
Entró la Serpiente un dia,
Y la insensata mordia,
En una Lima de acero.
Díjole la Lima: el mal,
Necia, será para tí.

¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?
Quien pretende sin razon
Al mas fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.

FABULA XVIII.

El Calvo y la Mosca.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un Anciano
Una Mosca insolente.
Quiso matarla: levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuese salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La Mosca prorrumpió: Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo,
Bárbaro ejecutor de tal porrazo?
Al que obra con malicia,
Le respondió el Varon prudentemente,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, Mosca villana.

Que coteja el agravio recibido
La condicion humana
Segun la mano de donde ha venido:
Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
Cuanto sea mas vil aquel que ofende.

FABULA XIX.

Los dos amigos y el Oso.

A dos amigos se aparece un Oso,
El uno muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura:
El otro abandonado á la aventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento
Ni el menor movimiento;
Y así se fué diciendo sin recelo:
Éste tan muerto está como mi abuelo.
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero;
Corre, llega y abraza el compañero:
Pondera la fortuna
De haberlo hallado sin lesion alguna;

Y al fin le dice: sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? Diréte lo que ha sido:
Estas dos palabritas al oido:
Aparta tu amistad de la persona,
Que si te ve con el riesgo, te abandona.

FÁBULA XX.

La Aguila, la Gata y la Javalina.

Una Aguila anidó sobre una encina:
Al pié criaba cierta Javalina;
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Aguila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ay mísera de mí! ¡Ay infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa:
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.
Despues que dejó el Aguila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la Cerdosa: buena amiga,
Has de saber que la Aguila enemiga,
Cuando saques tus crias hácia el monte,

Las ha de devorar; así disponte.
La Gata aparentando que temia,
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La Javalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La Aguila en el ramage temerosa,
Haciendo centinela no reposa.
En fin, á ambas familias la hambre mata.
Y de ellas hizo víveres la Gata.
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus añagazas.

Libro Segundo.

FÁBULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EJÉRCITO.

A DON JAVIER MARÍA
DE MUNIVE É IDIAQUEZ,

CONDE DE PEÑAFLORIDA, DIRECTOR PERPETUO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS.

Mientras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra
Sojuzgando naciones,
Tú, Conde, con la pluma y el arado
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
Y haciendo venturosos, has ganado
El bien que buscas, y el laurel que huyes.
Con darte todo al bien de los humanos
No contentó tu zelo,
Supo unir á los nobles ciudadanos
Para felicidad del pátrio suelo.
La hormiga codiciosa

Trabaja en sociedad fructuosamente;
Y la Abeja oficiosa
Labra siempre ayudada de su gente.
Así unes á los hombres laboriosos
Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
Aquel viaja observando
Por las naciones cultas:
Este con esperiencia va mostrando
Las útiles verdades mas ocultas.
Cual cultiva los campos, cual las ciencias;
Y de diversos modos,
Juntando estudios, viages y esperiencias,
Resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! ya lo dije,
Por mas que yo tambien sea contado.
El sabio Presidente que nos rige,
Tiene aun á el mas inútil ocupado.
Darme, Conde, querias un destino
Al contemplarme ocioso é ignorante:
Era difícil, mas al fin tu tino
Encontró un genio en mí versificante,
A *Fedro* y *la Fontayne* por modelos
Me pusiste á la vista,
Y hallaron tus desvelos
Que pudiera ensayarme á fabulista.
Y pues viene al intento,
Pasemos al ensayo: va de cuento.

El Leon, rey de los bosques poderoso
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al Elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos Lobos que pusiesen grima.
Al Oso lo encargó de los asaltos:
Al Mono con sus gestos y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviese:
A la Zorra que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: la Liebre y el Jumento,
Este por tardo, aquella por medrosa,
De estorbo servirán, no de otra cosa.
¿De estorbo? dijo el rey, yo no lo creo:
En la Liebre tendrémos un correo,
Y en el Asno mis tropas un trompeta.
Así quedó la armada bien compléta.
Tu retrato es el Leon, CONDE *prudente:*
Y si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los gefes á su gente,
A todos has de dar útil empleo.
¿Porqué no lo han de hacer? ¿habrá cucaña
Como no hallar ociosos en España?

FABULA II.

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo si que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecia
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento:
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodean cantando el *pio, pio.*
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,

Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.
Con este pensamiento
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasion! Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
¡O loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

FABULA III.

El Asno sesudo.

Cierto Burro pacía
En la fresca y hermosa pradería

Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entónces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
De centinela en la ribera estaba:
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen Borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno muy sesudo y reposado
Empieza á andar á paso perezoso.
Impaciente su dueño y temeroso
Con el marcial ruido
De bélicas trompetas al oido,
Le exorta con fervor á la carrera.
Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera;
Que llegue en hora buena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero,
¿Servir aquí ó allí no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? no, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda,
Siempre seré un esclavo con albarda.
No estuvo en sí, ni mas entero
Que el buen Pollino, Amiclas el barquero,
Cuando en su humilde choza le despierta
César con sus soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guiase.
¿Se podría encontrar quien no temblase
Entre los poderosos
De insultos militares horrorosos
De la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga

Esta gran exencion: de aquí le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV.

El Zagal y las Ovejas.

Apacentando un Jóven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado,
Favor, que viene el lobo, labradores.
Estos abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia:
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera
Que vino en realidad la hambrienta fiera?
Entónces el Zagal se desgañita;
Y por mas que patea, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!

FÁBULA V.

La Aguila, la Corneja y la Tortuga.

A una Tortuga una Aguila arrebata:
La ladrona se apura y desbarata

Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picotazos.
Viéndola una Corneja en tal faena,
La dice: en vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la Tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa;
Y si siente que llaman á su puerta,
Se finge la dormidora, sorda ó muerta?
¿Pues qué he de hacer? remontarás tu vuelo;
Y en mirándote allá cerca del cielo,
La dejarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco.
La Aguila, porque diestra lo ejecuta,
Y la Corneja astuta,
Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.
¿Qué podrá resistirse á un poderoso
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
Y así por escaparse de esta gente,
Las descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.

FÁBULA VI.

El Lobo y la Cigüeña.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un Lobo con un hueso atragantado;
Si á la sazon no pasa una Cigüeña.

El paciente la vé, hácela seña;
Llega, y ejecutiva
Con su pico, jeringa primitiva
Cual diestro Cirujano,
Hizo la operacion, y quedó sano;
Su salario pedia;
Pero el ingrato Lobo respondia:
¿Tu salario? ¿pues qué mas recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus* la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quien; pero es muy llano
Que no tiene razon ni por asomo:
Es menester saber á quien y como.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad mas evidente.

FÁBULA VII.

El Hombre y la Culebra.

A una Culebra, que de fria yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cojió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FABULA VIII.

El Pájaro herido de una flecha.

Un Pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decia en su lenguage
Con amargas querellas:
¡O crueles humanos,
Mas crueles que fieras!
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjais el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.
Pero no, no es estraño
Que asi bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra:
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.

FÁBULA IX.

El Pescador y el Pez.

Recoge un Pescador su red tendida
Y saca un pececillo. Por tu vida,
Esclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad: solo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme mas grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
Solo por otro tanto
A un hermanito mio
Un señor Pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
Replicó el Pescador; ¿pues no sabia
Que el refran castellano
Dice: *mas vale pájaro en la mano...?*
A sarten te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

FÁBULA X.

El Gorrion y la Liebre.

Un maldito Gorrion asi decia
A una Liebre que una Aguila oprimia:

¿No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gavilan, y lo arrebata.
El preso chilla, el prendedor lo mata;
Y la Liebre esclamó: bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido?
¿Y á mas, á mas meterte á consejero,
No sabiendo mirar por tí primero?

FÁBULA XI.

Júpiter y la Tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados,
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil y mas lejana oruga,
Cuando llega muy tarde y con paciencia
A paso perezoso la Tortuga.
Su tardanza reprende el Dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
Si es mi casita mi retiro amado
¿Cómo podré dejarla prontamente?
Por tal disculpa Júpiter tonante,

Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del Caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con esceso;
Pero á su obligacion acuden tarde:
Viven como el raton dentro del queso.

FÁBULA XII.

El Charlatan.

Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
Ó arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo esquisito.
Con esta relacion un Chacharrero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus labios,
Mas quiere á un charlatan que á veinte sa-
Por esta conveniencia (bios.
Los hay en el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaria

A hablar discreto con fecundo pico
En diez años de término á un Borrico.
Sábelo el Rey, lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un Jumento:
Pero bien entendido,
Que seria cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El Doctor asegura nuevamente
Sacar un orador Asno elocuente.
Dícele callandito un cortessano:
Escuche, buen hermano,
Su frescura me espanta:
A cáñamo me huele su garganta.
No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el Asno ó yo no morirémos?
Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FABULA XIII.

El Milano y las Palomas.

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguia en vano,
Mas él á todas horas

Servia de lacayo á estas señoras.
Un dia en fin, hambriento é ingenioso,
Asi las dice: ¿ amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por Rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra ó pico tema agravio;
Pues tocante á la paz seré un Octavio.
Las sencillas Palomas consintieron;
Aclámanlo por Rey; *viva*, dijeron:
Nuestro Rey el Milano.
Sin esperar á mas este tirano,
Sobre un vasallo mísero se planta:
Déjalo con el viva en la garganta;
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoja de un malvado,
Será en vez de feliz un desdichado.

FABULA XIV.

Las dos Ranas.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos:
Una en un estanque;
Otra en un camino.

Cierto dia á esta
Aquella le dijo:
¡Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies y las ruedas,
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda:
Muda de destino:
Sigue mi dictámen,
Y vente conmigo
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga:
¡Escelente aviso!
¡A mi novedades!
Vaya, ¡qué delirio!
Eso si que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De padres, abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!

Allá te compongas:
Mas tén entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.
Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.
Recibir consejos
Es un desvario:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

FÁBULA XV.

El parto de los Montes.

Con varios ademanes horrorosos
Los Montes de parir dieron señales:
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos Montes que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fué lo que parieron.
Hay autores, que en voces misteriosas,

Estilo fanfarron y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento.

FÁBULA XVI.

Las Ranas pidiendo Rey.

Sin Rey vivia libre, independiente
El pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad solo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba,
Mas las Ranas al fin un Rey quisieron
A Júpiter escelso lo pidieron.
Conoce el Dios la súplica importuna,
Y arroja un Rey de palo á la laguna;
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su magestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza el reino todo:
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese Ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey, que aquel no es bueno.

El padre de los dioses irritado,
Envia á un Culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la mísera grey al punto obliga
A recurrir al Dios humildemente.
Padeced, les responde, eternamente,
Que así castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

FÁBULA XVII.

El Asno y el Caballo.

Ah! ¡quién fuese Caballo!
Un Asno melancólico decia;
Entónces sí que nadie me veria
Flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
Me mantendria ocioso y bien comido;
Dándose su merced por muy servido
Con corbetas y saltos de carnero.
Trátanme ahora como vil y bajo:
De risa sirve mi contraria suerte:
Quien me apalea mas, mas se divierte;
Y ménos como, cuando mas trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo ve como pasaba
Con sú ginete y armas á la guerra.
Entónces conoció su desatino;

Ríóse de corbetas y regalos,
Y dijo: que trabaje, y lluevan palos,
No me saquen los dioses de Pollino.

FÁBULA XVIII.

El Cordero y el Lobo.

Uno de los Corderos mamantones,
Que para los glotones
Se crian sin salir jamás al prado
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente;
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba:
Sepa usted, señor Lobo, que estoy preso
Porque sabe el pastor que soy travieso;
Mas si él no fuese bobo,
No habria ya en el mundo ningun lobo
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores ni perros,
Con sola mi pujanza y valentia
Contigo y con tu raza acabaria.
A Dios, esclamó el Lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacía panza.
Cuando este miserable me provoca,
Es señal de que se halla de mi boca

Tan libre como el cielo de ladrones.
Asi son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Mas valentones, cuanto mas medrosos.

FÁBULA XIX.

Las Cabras y los Chibos.

Desde antaño en el mundo
Reina el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron
Que Júpiter escelso
Les diese barba larga
Para su autoridad y su respeto.
Indignados los Chibos
De que su privilegio
Se estendiese á las Cabras,
Lampiñas con razon en aquel tiempo;
Sucedió la discordia
Y los amargos celos
A la paz octaviana,
Con que fué gobernado el barbon pueblo.
Júpiter dijo entónces,
Acudiendo al remedio:
¿Qué importa que las Cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia

De su vano deseo,
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
El mérito aparente
Es digno de desprecio;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FABULA XX.

El Caballo y el Ciervo.

Perseguia un Caballo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo, y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre; y el Caballo airado
Sale con su ginete á la campaña,
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entónces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El Caballo, que suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno

Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra:
Pasa tal vez la vida mas amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

Libro Tercero.

FÁBULA PRIMERA.

LA AGUILA Y EL CUERVO.

A DON TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que al sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesia juntamente.
Esto no puede ser; ordena Apolo,
Que digno solo tú, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? ¿Pues cuando ménos
No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera.
Góngora que te siga, te dijera,
Pero si vas marchando por el llano,

Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía,
Dice; *eso yo tambien me lo diria;*
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las Sirenas, ni las Musas:
Ni de númenes usas:
Ni aun siquiera confias en Apolo.
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sábia te dicta sus verdades,
Yo te imito: no invoco á las deidades
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo.
Esopo digo. Díctame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en la liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla, y el desprecio

El Cuervo que á ser Aguila se mete.
El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
Con que arrebató el Aguila su pieza,
Fué la que engañó al Cuervo, pues creia
Que otro tanto á lo ménos él haria.
¿Mas qué logró? servirme de escarmiento;
¡Ojalá! que sirviese á mas de ciento
Poetas de mal gusto inficionados;
Y dijesen, cual yo, desengañados:
El Aguila eres tú, divino IRIARTE,
Ya no pretendo mas sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria;
Y no sea yo el Cuervo de la historia.

FÁBULA II.

Los Animales con peste.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que, en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el Leon tenia
Mirando cada dia
Las cazerías, luchas, y carreras
De mansos brutos, y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables, y de muertos.

Mis amados hermanos:
Esclamó el triste rey: mis cortesanos:
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros;
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla mas esceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales,
Los sacros dientes, y las uñas reales.
Trató la corte al rey de escrupuloso:
Allí del tigre, de la onza y oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El Asno sin embargo muy confuso
Prorrumpió: yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento, él lozano,

Sin guarda, ni testigo,
Caí en la tentacion; comí del trigo.
¡Del trigo! y un Jumento!
Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!
Los cortesanos claman: éste, éste
Irrita al cielo, que nos da la peste.
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia;
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte, quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FÁBULA III.

El Milano enfermo.

Un Milano despues de haber vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni á Galeno, ni á Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moria.
A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entónces sacrificios
Por medio de su madre, que afligida
Rogaria sin duda por su vida.
Mas esta le responde: desdichado,

¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste á víctima sagrada
En las Aras divinas inmolada?
Así querémos irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FÁBULA IV.

El Leon envejecido.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Un viejo Leon del tiempo consumido;
Tanto mas infeliz y lastimoso,
Cuanto habia vivido mas dichoso.
Los que cuando valiente
Humildes le rendian vasallage,
Al verlo decadente,
Acuden á tratarle con ultraje;
Que como la esperiencia nos enseña,
De árbol caido todos hacen leña.
Cebados á porfia,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El lobo le mordia;
Tirábale el caballo fuertes coces.
Luego le daba el toro una cornada:
Despues el javalí su dentellada.

Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
Si al evitar los riesgos
La razon no nos guia,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caida.

FÁBULA VII.

El Leon enamorado.

Amaba un Leon á una zagala hermosa,
Pidióla por esposa
A su padre pastor urbanamente.
El hombre temeroso, mas prudente,
Le respondió: señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita acostumbrada
A no salir del prado y la majada
Entre la mansa oveja y el cordero,
Recelará tal vez que seas fiero.
No obstante, bien podrémos, si consientes
Cortar tus uñas, y limar tus dientes;
Y así verá que tiene tu grandeza
Cosas de magestad, no de fiereza.
Consiente el manso Leon enamorado,
Y el buen hombre lo deja desarmado.
Da luego su silvido;
Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
Perros de su cabaña; de esta suerte

Al indefenso Leon dieron la muerte.
Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice, hablando del leon, algun amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se le diese la zagala.
Deja, Fabio, el Amor, déjalo luego:
Mas hablo en vano, porque siempre ciego,
No ves el desengaño;
Y así te entregas á tu propio daño.

FABULA VIII.

Congreso de los Ratones.

Desde el gran *Zapiron el blanco y rubio,*
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es, que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparian de la muerte,
El proyecto aprobaron uno á uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.
Yo soy corto de vista. Yo muy viejo.
Yo gotoso, decian. El consejo

Se acabó como muchos en el mundo,
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

FÁBULA IX.

El Lobo y la Oveja.

Cruzando montes y trepando cerros
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una Oveja pasaba, y él la decia:
Amiga, ven acá: llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la Oveja recelosa,
Díme pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte.
Limpiar bien el garguero,

Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.
Así dijo, y se fué: sino la mata.
¡Cuánto importa saber con quien se trata!

FÁBULA X.

El Hombre y la Pulga.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él y su ralea.
Este es un hombre que á los dioses clama,
Porque una Pulga le picó en la cama,
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquel, matando Pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI.

El Cuervo y la Serpiente.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FÁBULA XII.

El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un Burro viejo,
Triste armazon de huesos y pellejo,
Pensativo, segun lo cabizbajo.
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo: la carrera larga;
Todo al fin contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Espresiones agenas de sus canas.
Mas las vecinas Ranas

Al oir sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oidos,
Las otras, que prudentes lo escuchaban,
Reprendíanle así, y aconsejaban:
Aprenda el mal Jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna,
Ha de encontrar leccion muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenegadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y á mas de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento y alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

FÁBULA XIII.

El Asno y el Perro.

Un Perro y un Borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.
El Borrico entretanto aprovechado,
Descansa y pace; mas el Perro hambriento,
Bájate, le decia, buen Jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.
El Asno se le aparta como en chanza:
El Perro sigue al lado del Borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como Perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el Asno le decia:
Espera á que nuestro Amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre mas, mejor la compañia.
Desde el bosque entretanto sale un lobo.
Pide el Asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero
Con fisga respondió: *no seas bobo:*
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al lobo que te da la muerte.
El Pollino murió: no hay que dudarlo;

Mas si resucitara,
Corriendo el mundo á todos predicara:
Prestad ausilio, si quereis hallarlo.

FABULA XIV.

El Leon y el Asno cazando.

Su magestad Leonesa en compañía
De un Borrico se sale á montería,
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo Leon una enramada,
Mandó al Asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Como trompa de caza en el ojeo,
Logró el Rey su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del Leon pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo, par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano.
A tal fanfarronada
Soltó el Rey una gran carcajada:

Y es que jamás convino
Hacer del Andaluz al Viscaino.

FABULA XV.

El Charlatan y el Rústico.

Lo que jamás se ha visto ni se ha oido
Verán ustedes: atencion les pido.
Así decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo,
Creyendo que lo tiene, y que lo tapa,
Atumultado grita: *fuera capa.*
Descubrióse; y al ver que nada habia
Con vitores lo aclaman á porfia
Par diez, dijo un patan, que yo prometo
Para mañana hablando con respeto;
Hacer el puerco mas perfectamente;
Sino que me lo claven en la frente.
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del payo su asistencia.
Llegó la hora, todos acudieron:
No bien al Charlatan gruñir oyeron
Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al son de las palmadas.
Sube despues el Rústico al tablado

Con un bulto en la capa, y embozado
Imita al Charlatan en la postura
De fingir que un lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia, en que era el bulto
Un marranillo que tenia oculto.
Tírale callandito de la oreja:
Gruñendo en tible, el animal se queja:
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oía un *fuera*, allí un silvido,
Y todo el mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El Rústico descubre su marrano:
Al público lo enseña, y dice ufano:
¿ Así juzgan ustedes?
¡O preocupacion, y cuánto puedes!

Libro Cuarto.

FÁBULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

Fieras, aves y peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo
A general congreso á todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel, cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto regio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentia decir: *la Mona falta.*
Ya llega, dijo entónces
Una habladora Urraca,
Que como centinela,
En la alta punta de un cipres estaba.
Entra rompiendo filas
Con su cachorro ufana,
Y ante el escelso trono

El premio pide de hermosura tanta.
El dios Júpiter quiso,
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa:
Pero se le soltó la carcajada.
Armóse en el concurso
Tal bulla y algazara
Que corrida la Mona
A Tetuan se volvió desengañada.
¿Es creible, señores,
Que yo mismo pensara
En consagrar á Apolo
Mis versos, como dignos de su gracia?
Cuando por mi fortuna
Me encontré esta mañana,
Continuando mi obrilla,
Este cuento moral, esta patraña;
Yo dije á mi capote;
¡Con qué chiste, qué gracia,
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la Mona
Cuando el ciego amor propio nos engaña.

FABULA II.

El Asno y Júpiter.

No sé como hay Jumento,
Que teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse á Burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
Cada dia cien cargas de verdura:
Vuelvo con otras tantas de basura;
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta: ¿qué será mi muerte
Como no mude Júpiter mi suerte?
Un Asno de este modo se quejaba.
El Dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decia, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado pero mal comido,
Á Júpiter me voy con el empeño
De lograr nuevo dueño.
Envióle á un curtidor: entónces dice:
Aun con este amo soy mas infelice,
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.
Júpiter por no oir tan largas quejas,

Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
Si le habla de mudanza de destino.
Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado.
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma,
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca pero si al ageno.

FABULA III.

El Cazador y la Perdiz.

Una Perdiz en zelo reclamada,
Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decia:
Si me das libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo estenderé mi vuelo:
Juntaré á mis amigas en bandada,
Que guiaré á tus redes engañada,
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador; pues no señora:
Muere, y paga la pena de traidora.

La Perdiz fué bien muerta, no es dudable;
La traicion, aun soñada, es detestable.

FABULA IV.

El Viejo y la Muerte.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de Guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto.
Trémulo la decia, y balbuciente:
Yo.... señora.... os llamé desesperado;
Pero... Acaba; ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.
Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V.

El Enfermo y el Médico.

Un miserable enfermo se moria,
Y el Médico importuno le decia:
Usted se muere, yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano
Si se hubiese acudido mas temprano:
Con el benigno clister detergente.
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico diciendo:
Señor Galeno, su consejo alabo.
Al asno muerto la cebada al rabo.
Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FABULA VI.

La Zorra y las Uvas.

Es voz comun que á mas del mediodia
En ayunas la Zorra iba cazando:
Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.

Causábanle mil ansias y congojas
No alcanzar á las Uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entónces fué cuando la Zorra dijo:
No las quiero comer: *No estdn maduras.*
No por eso te muestres impaciente,
Si te se frusta, Fabio, algun intento:
Aplica bien el cuento,
Y dí: No están maduras, *frescamente.*

FABULA VII.

La Cierva y la Viña.

Huyendo de enemigos cazadores
Una Cierva ligera,
Siente, ya fatigada en la carrera,
Mas cercaños los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algun seguro
Y vecino paraje
De gruta ó de ramaje,
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Continúa la fuga presurosa:
Halla al paso una Viña muy frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegría,

Viéndose á paz y á salvo en tan buena hora,
Olvida el bien; y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comia.
¡Mas ay! que de esta suerte
Quitando ella las ojas de delante,
Abrió puerta á la flecha penetrante,
Y el listo cazador le dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
El justo cielo á la Cierva ingrata.
¿Mas qué puede esperar al que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?

FABULA VIII.

El Asno cargado de Reliquias.

De Reliquias cargado
Un Asno recibia adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba;
Y le dijo: yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura,
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos; señor Jumento,
Que solo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.

Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo, ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza:
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor Jumento, no se engria tanto,
Que si besan la peana, es por el Santo.

FABULA IX.

Los dos Machos.

Dos Machos caminaban; el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante;
Él se defiende, ellos le maltratan;
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entonces el segundo:
Si á estos riesgos esponen en el mundo

Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,
Dinero, cascabeles, ni penacho.

FABULA X.

El Cazador y el Perro.

Mustafá, Perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y á cuerno su pellejo.
Seguia á un Javalí sin esperanza
De poderlo alcanzar; pero no obstante,
Aguzándolo su Amo á cada instante,
A duras penas Mustafá lo alcanza.
El Cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y así su resistencia no le deja
Cebar al Perro su cansado diente:
Con airado colmillo lo rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El cazador furioso
Reniega del Lebrel, y de su raza.
Viejo estoy, le responde, ya lo veo:
Mas dí, ¿sin Mustafá cuando tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
en tu casa de abrigo, y de trofeo?
Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡Suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada

Y mis robustos años en olvido.
¿Mas para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FABULA XI.

La Tortuga y la Aguila.

Una Tortuga á una Aguila rogaba
La enseñase á volar, asi la hablaba:
Con solo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas:
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil delicioso modo
Lograré en pocos dias verlo todo.
La Aguila se rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente:
La reina de las aves prontamente
La arrebata, la lleva por las nubes:
Mira, la dice, mira como subes.

Y al preguntarla, dijo: ¿vas contenta?
Se la deja caer, y se revienta.
Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.

FABULA XII.

El Leon y el Raton.

-Estaba un Ratoncillo aprisionado
En las garras de un Leon: el desdichado
En la tal ratonera no fue preso
Por ladron de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al Leon que en su retiro descansaba.
Pide perdon llorando su insolencia.
Al oir implorar la real clemencia,
Responde el Rey en magestuoso tono
(No dijera mas Tito): te perdono.
Poco despues cazando el Leon, tropieza
En una red oculta en la maleza,
Quiere salir, mas queda prisionero:
Atronando la selva ruge fiero.
El libre Ratoncillo que lo siente,
Corriendo llega, roe diligente
Los nudos de la red, de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la Fiera.
Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso;

Tal vez se puede ver necesitado
Del ausilio de aquel mas desdichado.

FABULA XIII.

Las Liebres y las Ranas.

Asustadas las Liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas diciendo:
A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto.
Llegan á una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta Rana, que asustada
A las aguas se arroja á su llegada:
Hola, dijo una Liebre, ¿con qué hay otras
Tan timidas, que aun tiemblan de nosotras?
Pues sufcamos con ellas el destino:
Conocieron sin mas su desatino.
Asi la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.

FABULA XIV.

El Gallo y el Zorro.

Un Gallo muy maduro,
De edad proyecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oía las razones

De un Zorro muy cortés y muy atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.
Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja; daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.
Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:
Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante
Dos correos que llegan al momento
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos lebreles.
A Dios, á Dios, amigo,
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria.
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.

FABULA XV.

El Leon y la Cabra.

Un señor Leon andaba como un perro
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar á una Cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al Leon que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano:
El cazador entonces cortesano
La dice: baja, baja, mi querida:
No busques precipicios á tu vida.
En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo,
¿Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.
Así le respondió la astuta cabra;
Y él se fué sin replicar palabra.
Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin exámen el consejo.

FABULA XVI.

La Hacha y el Mango.

Un hombre que en el bosque se miraba
Con una Hacha sin Mango, suplicaba
A los árboles diesen la madera
Que mas sólida fuera
Para hacerle uno fuerte, y muy durable.
Al punto la arboleda inumerable
Le cedió el Acebuche. Y él contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando á gusto
Del alto Roble el brazo mas robusto.
Ya los árboles todos recorria;
Y mientras los mejores elegía,
Dijo la triste Encina al Fresno; *Amigo,*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FABULA XVII.

La Onza y los Pastores.

En una trampa una Onza inadvertida
Dió mísera caida.
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa
Los vecinos Pastores,
No valerosos, pero si traidores.

Cada cual por su lado
La maltrataba airado,
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
Unos á palos, otros á pedradas:
Al fin la abandonaron por perdida.
Pero viéndola dar muestras de vida
Cierto Pastor dolido de su suerte,
Por evitar su muerte,
Le arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiese recobrar aliento.
Llega la noche, témplase la saña,
Marchan á descansar á la cabaña,
Todos con esperanza muy fundada
De hallarla muerta por la madrugada.
Mas la fiera entre tanto,
Volviendo poco á poco del quebranto,
Toma nuevo valor y fuerza nueva,
Salta, deja la trampa, va á su cueva;
Y al sentirse del todo reforzada,
Sale, si muy ligera, pero mas airada.
Ya destruye ganados:
Ya deja los Pastores destrozados;
Nada aplaca su cólera violenta:
Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
El buen Pastor por quien tal vez vivia,
Lleno de horror, la vida le pedia,
No serás maltratado,
Dijo la Onza, vive descuidado,
Que yo solo persigo á los traidores
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.

Quien hace agravios, tema la venganza:
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FABULA XVIII.

El Grajo vano.

Con las plumas de un Pavo
Un Grajo se vistió: pomposo y bravo
En medio de los Pavos se pasea.
La manada lo advierte, lo rodea
Todos le pican, burlan, y lo envian,
¿Dónde, si ni los Grajos lo querian?
¿Cuánto ha que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FABULA XIX.

El Hombre y la Comadreja.

Así decia cierta Comadreja
A un hombre que la habia aprisionado:
¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto, ni de queja?
¿No soy la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mia,
Cuidadosa registro noche y dia
Para que vivas libre de ratones?
¡Gran fineza por cierto!
El Hombre respondió: pues dí, ladrona

Si tu glotonería no perdona
Ni á raton vivo, ni á cochino muerto,
Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!
No tendría yo malas tragaderas:
Morirás. *Y el astuto que pretenda*
Vender como fineza lo que ha hecho,
Sin mirar á mas fin que á su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.

FABULA XX.

Batalla de las Comadrejas y los Ratones.

Vencidos los Ratones,
Huian con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de Comadrejas:
Marchaban con desórden:
Que cuando el miedo reina,
Es la confusion sola
El gefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar á duras penas:
Pero los capitanes,
Que en las estrechas puertas

Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas,
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas
Víctimas de la guerra;
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las Comadrejas.
¡Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan:
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las cabañas
A los palacios y á las torres llegan.

FÁBULA XXI.

El Leon y la Rana.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un Leon horroroso
Con mesurado paso magestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atencion y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabia

De que bestia feroz quizá saldria
Aquella voz, que tanto mas sonaba
Cuanto mas en silencio todo estaba.
Su magestad Leonesa
La selva toda registrar procura:
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡ó qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz, y era una Rana.
Llamará la atencion de mucha gente
El charlatan con su manía loco:
¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una Rana, todo boca?

FABULA XXII.

El Ciervo y los Bueyes.

Con inminente riesgo de la vida
Un Ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un Buey: ¿ignoras desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¡ah cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo,
Como perdiz en boca de raposo.
El Ciervo respondió: pero no obstante
Dejadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.

Oculto en el ramaje permanece:
A la noche el bueyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento:
Nada divisa; sálese al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco lo encuentran.
Libre de aquel apuro,
El Ciervo se contaba por seguro:
Pero el Buey mas anciano
Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temprano?
Si el amo llega lo perdiste todo:
Yo le llamo *Cien-Ojos*, por apodo:
Mas chiton que ya viene.
Entra *Cien-Ojos,* todo lo previene:
A los rústicos dice: no hay consuelo,
Las colleras tiradas por el suelo,
Limpio el pesebre, pero muy de paso,
El ramaje muy seco, y mas escaso:
Señor mayoral, ¿es este buen gobierno?
En esto mira al enramado cuerno
Del triste Ciervo: grita, acuden todos,
Contra el pobre animal de varios modos,
Y á la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.
Esto quiere decir, que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ageno.

FÁBULA XXIII.

Los Navegantes.

Lloraban unos tristes Pasageros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas, y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando subitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el Piloto estuvo muy sereno,
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

FÁBULA XXIV.

El Torrente y el Rio.

Despeñado un Torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasagero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;

Que es comun en los hombres
Poseidos del miedo,
Para salvar la vida
Esponerla tal vez á mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mesmo
Que antes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De alli á muy poco trecho
Un Rio caudaloso,
Que corria apacible y con silencio.
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determino vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las aleves aguas sin remedio.
Temamos los peligros
De designios secretos,
Que el ruidoso aparato
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FABULA XXV.

El Leon, el Lobo y la Zorra.

Trémulo y achacoso,

A fuerza de años un Leon estaba;
Hizo venir los médicos ansioso
Por ver si alguno de ellos lo curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño:
Ninguno al Rey propone el desengaño;
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un Lobo cortesano
Con tono adulador y fin torcido
Dijo á su Soberano:
He notado, señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso;
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictámen en tan grave asunto.
Quiso su magestad que luego al punto
Por la posta viniese
Llega, sube á palacio; y como viese
Al Lobo su enemigo, ya instruida
De que él era el autor de su venida,
Que ella escusaba cautelosamente.
Inclinándose al Rey profundamente,
Dijo: quizá, señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenia hecho,
Y para mas provecho,
En mi viage traté gentes de ciencia

Sobre vuestra dolencia.
Convienen pues los grandes profesores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que solo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero este se recobra y vivifica,
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra magestad tiene en la mano.
A un Lobo vivo arránquenle el pellejo,
Haced que os lo apliquen al instante;
Y por mas que esteis débil, flaco, viejo,
Os sentiréis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo,
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
Convino el Rey; y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz lobo como un perro.
Así viven, y mueren cada dia
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfia.
Tomen esta leccion muy oportuna;
Lleguen á la privanza enhorabuena;
Mas labren su fortuna
Sin cimentarla en la desgracia agena.

Libro Quinto.

FÁBULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran Gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento:
Por delante de sí de ciento en ciento
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso.
Y ensanchando así mas sus tragaderas,
Al fin los elegia como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero tarde ó temprano
Al fin ya los Ratones conocian
Que por instantes se disminuian.
Don *Roepan,* cacique el mas prudente
De la Ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
Supuesto hermanos que el sangriento Bruto
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,

Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allá de modo alguno.
El medio pareció muy oportuno;
Y fué tan observado,
Que ya *Marramaquiz* el muy taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los pies de un palo
Haciendo el muerto: no era el ardid malo.
Pero don *Roepan* luego que advierte
Que su enemigo estaba de tal suerte,
Asomando el hocico á su agujero:
Hola, dice ¿qué es eso, caballero?
¿Estás muerto de burlas, ó de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
Pues no nos contarémos ya seguros
Aun sabiendo de cierto,
Que eres á mas á mas de Gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.
Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida,
Que puede algunas veces
Al huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada menos que la vida.

FÁBULA II.

El Asno y el Lobo.

Un burro cojo vió que le seguia
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo Lobo, yo me estoy muriendo:
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores
No me veria asi como me veo.
Y pues fallezco sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan escesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.
O!, dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata;
La operacion no mas que de un momento;
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumento.
Con su estuche molar desembainado
El nuevo profesor llega al doliente.
Mas este le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido

Llorando se quedó su desventura.
¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
  Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero;
¿Pues si pude vivir tan regalado,
A qué meterme ahora á curandero?
Hablemos en razon: no tiene juicio
Quien deja el propio por ageno oficio.

FABULA III.

El Asno y el Caballo.

  Iban, mas no sé adónde ciertamente,
Un Caballo y un Asno juntamente:
Este cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso; la carrera larga,
Causaron al Borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.
Dice el otro: revienta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren, y que borrico se me muere?
Tan justamente se quejó el Jumento,
Que espiró el infeliz en el momento:

Por su temible aspecto casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el destino,
Que le llegase á ver desde el molino
La punta de una oreja el molinero.
Armado entónces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo á su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa,
Llegan todos á ver en el instante
Al que habian temido Leon reinante;
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien mas le respetó, mas le desprecia.
Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja
De andar con el disfraz de caballero
A vueltas del vestido y del sombrero;
Que le han de ver la punta de la oreja.

FABULA VI.

La Gallina de los huevos de oro.

Erase una Gallina que ponia
Un huevo de oro al dueño cada dia.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en ménos tiempo mas tesoro.
Matóla, abrióla el vientre de contado;

Pero despues de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina
Perdió su huevo de oro, y no halló mina.
Cuántos hay que teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
¡Abrazando proyectos,
A veces de tan rápidos efectos,
Que solo en pocos meses,
Cuando se contemplan ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

FABULA VII.

Los Cangrejos.

Los mas autorizados, los mas viejos
De todos los Cangrejos
Una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron:
A propuesta de un docto presidente,
Como resolucion la mas urgente;
Tomaron la que sigue: pues que al mundo
Estamos dando ejemplo sin segundo
El mas vil y grosero
En andar hácia atrás como el soguero:
Siendo cierto tambien que los ancianos
Duros de pies y manos,
Causándonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre.

Toda madre desde este mismo instante
Ha de enseñar á andar hácia adelante
A sus hijos: y dure la enseñanza
Hasta quitar del mundo tal usanza.
Garras á la obra dicen las maestras
Que se creian diestras;
Y sin dejar ninguno,
Ordenan á sus hijos uno á uno,
Que muevan sus patitas blandamente
Hácia delante sucesivamente,
Pasito á paso al modo que podian
Ellos obedecian,
Pero al ver á sus madres que marchaban
Al revés de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos documentos,
Imitaban sus pasos mas contentos.
Repetian las madres sus lecciones;
Mas no bastaban teóricas razones,
Porque obraban en los jóvenes Cangrejos
Solo un ejemplo mas que mil consejos.
Cada maestra se aflige y desconsuela
No pudiendo hacer práctica su escuela:
De modo que en efecto
Abandonaron todas el proyecto.
Los Magistrados saben el suceso;
Y en su pleno congreso
La nueva ley al punto derogaron.
Porque se aseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabian ser la norma.

Y es así, que la fuerza de las leyes
Suelen ser el ejemplo de los Reyes.

FABULA VIII.

Las Ranas sedientas.

Dos Ranas, que vivian juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna.
Saltando aquí y allí llegó la una
A la orilla de un pozo:
Llena entónces de gozo,
Gritó á su compañera:
Ven, y sal ligera.
Llegó, y estando entrambas á la orilla,
Notando como grande maravilla
Entre los agostados juncos y heno
El fresco pozo casi de agua lleno,
Prorumpió la primera, ¿á qué esperamos,
Que no nos arrojamos
Al agua que apacible nos convida?
La segunda responde, inadvertida:
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso y preveo,
Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
La agua con los calores exalada,
Segun vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,

En la estigia laguna nos veremos.
Por consultar el gusto solamente
Entra en la nasa el pez incautamente;
El pájaro sencillo en la red queda;
¡Y en qué lazos el hombre no se enreda!

FABULA IX.

El Cuervo y el Zorro.

En la rama de un árbol
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el señor Cuervo.
Del olor atraido
Un Zorro muy maestro,
Le dijo estas palabras
Á poco mas ó ménos:
Tenga usted buenos dias,
Señor Cuervo, mi dueño:
Vaya que estais donoso,
Mono lindo en estremo:
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento,
Que si á tu bella traza
Corresponde el gorgeo,
Juro á la diosa Ceres,
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el fenix
De sus vastos imperios.

Al oir un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.
El muy astuto Zorro,
Despues de haberlo preso,
Le dijo: señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedais con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Mientras digiero el queso.
Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.

FABULA X.

Un Cojo y un Picaron.

A un buen Cojo un descortes
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el Cojo: aqui fué
Donde el buen hombre perdió

Los estribos; pues le dió
Tanta cólera, y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se vé,
Sobre un pié.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo: es lo que siento,
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre solo afrenta,
Lo que supo merecer,
Padecer.

FABULA XI.

El Carretero y Hércules.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña.
Él á nada se mueve, ni se amaña;
Pero jura muy bien: gran Carretero.
A Hércules invocó, y el Dios le dice:
Aligera la carga: ceja un tanto:
Quita ahora ese canto:
¿Está? Sí, le responde, ya lo hice.
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar. De esta manera,
Arreando á la mohina y la roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.

Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor: ha de ayudarte.

FABULA XII.

La Zorra y el Chibo.

Una Zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando mas la afligia su tristeza
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal por su fortuna
Del Chibo padre la gentil cabeza.
¿Qué tal! dijo el barbon ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoy como encantada.
Al agua el Chibo se arrojó sediento:
Monta sobre él la Zorra, de manera
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal, y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
¿Mas quién podrá á la Zorra dar castigo,
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo
Del peligro mayor salir procura?

FABULA XIII.

El Lobo, la Zorra y el Mono Juez.

Un Lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robase.
El Mono Juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.
Enterado pronuncia la sentencia:
No consta que te falte nada, Lobo,
Y tú, Raposa, tú tienes el robo,
Dijo, y los despidió de su presencia.
Esta contradiccion es cosa buena,
La dijo el docto Mono con malicia.
Al perverso su fama lo condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.

FABULA XIV.

Los dos Gallos.

Habiendo á su rival vencido un Gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Mas grave, mas pomposo
Que el mismo Gran Sultan en su serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el gavilan lo advierte,
Lo pilla, lo arrebata; y por su muerte
Quedó el rival señor del gallinero.

Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva tambien de ejemplo á los mortales
Que se juzgan exentos de los males,
Cuando se ven en próspera bonanza.

FABULA XV.

La Mona y la Zorra.

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto dia,
Y así ni mas, ni menos la decia:
Por mi fé que teneis bella persona,
Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola;
Y á no ser tan disforme vuestra cola,
Seriais en lo hermoso la primera.
Escuchad un consejo,
Que ha de ser á las dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.
Abrenuncio, la Zorra le responde:
Es cosa para mí ménos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga,
Que verla por pañal bien sé yo donde.
Por ingenioso que el necesitado
Sea, para pedir al avariento;
Este será de superior talento,
Para negarse á dar de lo sobrado.

FABULA XVI.

La Gata muger.

Zapaquilda la bella
Era Gata doncella
Muy recatada, no ménos hermosa,
Queríala su dueño por esposa
Si Venus consintiese,
Y en muger á la Gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la diosa placentera;
Y ved á *Zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.
Celébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada,
La novia relamida, almidonada
Junto al novio galan enamorado,
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente
Al punto que le vé, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él, y échale el guante.
Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna,

La propension del natural es una
En todo estado, y mas con la costumbre.

FABULA XVII.

La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso
Con un rugir continuo y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dícela un Oso: escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa
Ó qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la mas infeliz de los nacidos,
¿Cómo no moriré desesperada
Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
¡Hola! ¿con qué eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas,
No nos quiten el sueño tus querellas.
A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no obstante le parece,

Que de esta ley una escepcion merece.
Así nos conformamos con la pena,
No cuando es propia; sí cuando es agena.

FABULA XVIII.

El Lobo y el Perro flaco.

Distante de la aldea
Iba cazando un Perro
Flaco, que parecia
Un andante esqueleto.
Cuando ménos lo piensa
Un Lobo lo hizo preso.
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
Decidme, señor Lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi dueño:
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que pasado este tiempo,
Podrás comerme á gusto,
Lucido, gordo y relleno.
Quedaron convenidos;
Y apenas se cumplieron

Los dias señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero,
Llamado Matalobos,
Mastin de los mas fieros:
Salen á recibirlo.
Al punto que lo vieron,
Matalobos bajaba
Con corbatin de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos;
Y asi por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huia, y lo llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
Pies, ¿para qué os quiero?
Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano,
Que por el aire ciento.

FABULA XIX.

La Oveja y el Ciervo.

Un celemin de trigo
Pidió á la Oveja el Ciervo, y le decia:
Si es que usted de mi paga desconfia,

A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar á tener queja:
¿Y quién es este? preguntó la Oveja.
Es un Lobo abonado, llano y lego.
¡Un Lobo! ya: mas hallo un embarazo:
Sino teneis mas fincas que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes
¿A quién acudiré cumplido el plazo?
Si quien es el que pide, y sus fiadores
Antes de dar prestado se examina,
Será menor sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FABULA XX.

La Alforja.

En una Alforja al hombro
Llevó los vicios;
Los agenos delante,
Detrás los mios.
Esto hacen todos;
Así ven los agenos,
Mas no los propios.

FABULA XXI.

El Asno infeliz.

Yo conocí un Jumento
Que murió muy contento,
Por creer (y no iba fuera del camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Lo persiguió; dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles;
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.

FABULA XXII.

El Javalí y la Zorra.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Javalí en el tronco de una encina.
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: estraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.

La fiera le responde, tengo oido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Asi como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII.

El Perro y el Cocodrillo.

Bebiendo un Perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corria:
Bebe quieto, le decia
Un taimado Cocodrillo.
Díjole el Perro prudente:
Dañoso es beber y andar;
Pero ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?
¡Ó que docto Perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

FABULA XXIV.

La Comadreja y los Ratones.

Débil y flaca cierta Comadreja,
No pudiendo ya mas de puro vieja,
Ni cazaba, ni hacia provisiones
De abundantes Ratones,

Como en tiempos pasados,
Que elegía los tiernos regalados
Para cubrir su mesa.
Solo de tarde en tarde hacia presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, paralítico, ó anciano.
Obligada del hambre cierto dia,
Urdió el modo mejor con que saldria
De aquella pobre situacion hambrienta,
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada.
Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecucion del pensamiento.
Llega el raton sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entónces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardid tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno;
Y á merced de discurso tan estraño.
Logró sacar su tripa de mal año.
Es un feliz ingenio interesante:
Él nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FÁBULA XXV.

El Lobo y el Perro.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento,
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucido sano, y bueno,
Que le dijo: yo estraño
Que estés de tan buen año,
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mí mas pujante,
Mas osado y sagaz mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El Perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado;
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan, ni mas ocupaciones,
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos, y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,

Lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo por algun recelo:
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al Perro dijo: he reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Díme: ¿qué es eso? nada.
Dímelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:
Pero no me da pena;
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores;
Recíbenme á sus pies de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado:
Aquel un hueso poco descarnado;
Y aun un gloton que todo se lo traga,
A lo ménos me alhaga,
Pasándome la mano por el lomo,
Yo meneo la cola, callo y como.
Todo eso es bueno, yo te lo confieso,
Pero por fin y postre tú estás preso:
Jamás sales de casa,
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.
Es así. Pues amigo,

La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tu comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hay bocado en sazon para un esclavo.

Nec aliud quidquam per Fabellas quæritur
Quam corrigatur error ut mortalium,
Acuatque sese diligens industria.

PHED. FAB. PROL. LIB. II.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO,

POR

D. Felix Maria Samaniego,

Señor de las villas y valles de Arraya, en la provincia de Alava
Individuo de Número, y literato de la Real Sociedad Vascongada, Presidente de turno de dicho Seminario.

TOMO II.

Neque enim notare singulos mens est mihi;
Verum ipsam vitam, et mores hominum ostendere.

PHEDR. FAB. PROL. LIB. III.

ADVERVENCIA.

A escepcion de un corto número de argumentos sacados de Esopo, Phedro *y* La-Fontaine, *todos los asuntos contenidos en los Apólogos de los Libros I, II y III pertenecen al fabulista inglés* Gay. *El libro IV es original.*

FABULAS.

Libro Primero.

PROLOGO.

FABULA PRIMERA.

El PASTOR Y EL FILOSOFO.

De los confusos pueblos apartado
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso, ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la estremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su esperiencia
Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varon, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan estraña,
Acercóse un Filosofo profundo
A la humilde cabaña,

Y Preguntó al Pastor: dime ¿en qué escuela
Te hicistes sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la candela?
¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platon has tú medido?
¿O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez como Ulises has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?
Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano)
Discurrí por incógnitos paises.
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisongero
Se instruye en la doblez y en la patraña:
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un ódio firme al vicio me ha inspirado:
Ejemplo de virtud da á mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el dia de mañana;
Mi mastin el hermoso,
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante,
Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle me consuelo.

Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando
Me prestan reglas para ser buen padre.
Sabia naturaleza mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamas hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso;
Pues saben los prudentes,
Que léjos de ser sabio el que asi hable,
Será un buho solemne despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado.
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche á la urraca será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ageno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos y alcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carniveros ladrones.
¡Mas qué dije! Los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.

No hay daño ni animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último en el libro interminable
De la naturaleza yo medito:
En todo lo creado es admirable:
Del ente mas sencillo y pequeñito
Una contemplacion profunda alcanza
Los mas preciosos frutos de enseñanza.
Tu virtud acredita, buen anciano,
(El Filósofo esclama)
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores:
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina;
Asi quien sus verdades examina
Con la meditacion y la esperiencia,
Llegará á conocer virtud y ciencia.

FABULA II.

El Hombre y la Fantasma.

Un Jóven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso
Con sus males secretos retirado:
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
¿Te falta la salud? Pues caballero,

De todo tu dinero,
Nobleza, juventud y poderío,
Sábete que me rio:
Trata de recobrarla, pues perdida
¿De qué sirven los bienes de la vida?
Todo esto una Fantasma le previno,
Y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone,
Un nuevo plan de vida se propone:
En efecto se casa.
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentado de hora en hora.
La muger (Dios nos libre, gastadora,
Aun mucho mas que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo qué el marido,
Mas que nunca aburrido,
Se puso sobre un pié de economía,
Que estrechándola mas de dia en dia,
Al fin se enriqueció con opulencia.
La Fantasma le dice: en mi conciencia
Que te veo amarillo como el oro:
Tienes tu corazon en el tesoro:
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladron enarbolado.
Las noches pasas en mortal desvelo:
¿Y así quieres vivir.....? qué desconsuelo!
El hombre, como caso milagroso,
Se transformó de avaro en ambicioso.
Llegó dentro de poco á la privanza:

El señor don dinero qué no alcanza!
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caida.
Resuélvese á dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¿Quiéren ustedes creer (esto me pasma)
Que aun allí le persigue la Fantasma?
Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos,
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.
¿Pues á dónde irá el pobre caballero?.....
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FÁBULA III.

El Javalí y el Carnero.

De la rama de un árbol un Carnero
Degollado pendia:
En él á sangre fria
Cortaba el remangado carnicero:

El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo ni pacía, ni balaba.
Un Javalí gritó, cobarde gente,
Que mirais la carnivora matanza,
¿Cómo no os vengais del enemigo?
Tendrá (dijo el Carnero) su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.
La piel, que arrancan con sus propias manos
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen á los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores:
Mira como los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.

FABULA IV.

El Raposo, la Muger y el Gallo.

Con las orejas gachas,
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un gallo de la aldea.
Muchas gracias al Alba,
Que pudo ver la fiesta
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:

Vecinos, que le lleva:
Que es el mio, vecinos.
Oye el Gallo las quejas,
Y le dice al Raposo:
Díle que no nos mienta,
Que soy tuyo y muy tuyo.
Volviendo la cabeza
Le responde el Raposo:
Oyes, gran embustera,
No es tuyo, sino mio:
Él mismo lo confiesa.
Mientras esto decia,
El Gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El Raposo burlado
Huyó: quién lo creyera!
Yo: pues á mas de cuatro
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo,
Los vi perder la presa.

FÁBULA V.

El Filósofo y el Rústico.

La del Alba seria
La hora en que un Filósofo salia
A meditar al campo solitario,
En lo hermoso y lo vario,

Que á la luz de la Aurora nos enseña
Naturaleza entónces mas risueña.
Distraido sin senda caminaba;
Cuando llegó á un cortijo donde estaba
Con un martillo el Rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portátil escalera.
¿Qué haces de esa manera?
El Filosofo dijo:
Castigar á un ladron de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho mas destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavó en la pared... ya estoy contento...
Sirve á toda tu raza de escarmiento.
El matador es digno de la muerte,
(El sabio dijo) mas si de esa suerte
El milano merece ser tratado,
¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devora á infinitos inocentes,
Y cuenta como mísera su vida,
Si no hace de cadáveres comida?
Y aun tú, que asi castigas los delitos,
Cenarias anoche tus pollitos.
Al mundo le encontramos de este modo,
(Dijo airado el Patan), y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no lo pille entre mis manos.
El sabio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones.

Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada dia
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FÁBULA VI.

La Pava y la Hormiga.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron
aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decia á sus polluelos:
Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed Hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo tambien las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios;
¡Ó qué dias los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,

Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber Pavos muertos.
¡Qué pocas Navidades
Contaron mis abuelos!
¡Ó glotones humanos,
Crueles carniceros!
Mientras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
¡Hola! con que los hombres
Son crueles perversos:
¿Y qué seréis los Pavos?
¡Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¡Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No respondió la Pava
Por no saber un cuento,
Que era entónces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roia
Un grano de centeno:
Viéronlo las Hormigas:
¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
Aquí fué Troya (dicen):

Muere, pícaro perro,
Y ellas ¿qué hacian? Nada:
Robar todo el granero.
Hombres, Pavos, Hormigas,
Segun estos ejemplos;
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.

FABULA VII.

El Enfermo y la Vision.

¡Con qué de tus recetas esquisitas
(Un Enfermo esclamó) ninguno alcanza!...
El Médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
En todos mis contratos he logrado.
(No lo niego) ganancia muy segura:
Trabajé en calcular mis intereses.
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Mas por felicidad que por usura.
Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso,

Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas en fin es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduje á una familia muy honrada
A pobreza estremada;
Algun dia leerán mi testamento.
Entónces (muerto yo) se hará patente
En la tierra, lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.
Una vision se acerca, y dice: hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno:
Una accion de piedad está en tu mano.
Tus prójimos, segun sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.....
¡Cien doblones! No es nada.
Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
Seria caridad bien ordenada?....
Avaro ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana...
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.
La Vision se volvió sin un ochavo.

FABULA VIII.

El Camello y la Pulga.

Al que ostenta valimiento,
Cuando su poder es tal
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.
En una larga jornada
Un Camello muy cargado
Esclamó ya fatigado:
¡Ó qué carga tan pesada!
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:
Del peso te libro yo.
El Camello respondió:
Gracias, señor Elefante.

FÁBULA IX.

El Cerdo, el Carnero y la Cabra.

Poco antes de morir el Corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento.
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable
Es quien ménos prevee mas envidiable.

Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al Lechon de cierta historia.
Al mercado llevaba un carretero
Un Marrano, una Cabra y un Carnero.
Con perdon, el Cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
¡Esta si qué es miseria!
Perdido soy, me llevan á la feria.
Asi gritaba: mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.
El carretero al Gruñidor le dice:
¿No miras al Carnero y á la Cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?
Ay, señor (le responde) ya lo veo!
Son tontos, y no piensan. Yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero á mí, que soy bueno solamente
Para pasto del hombre..... no lo dudo
Mañana comerán de mi menudo.
Adios, pocilga, adios, gamella mia.
Sútilmente su muerte preveía.
¿Mas qué lograba el pensador marrano?
Nada, sino sentirla de antemano.
El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.

FÁBULA X.

El Leon, el Tigre y el Caminante.

Entre sus fieras garras oprimia
Un Tigre á un Caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un Leon acudió: con bizarría
Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
A su regia caverna. Toma aliento,
(Le decia el Leon) nada te asombre:
Soy tu libertador: estame atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga,
Que se atreva á mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder; ó que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo Monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
Cuantas veces la onza, y aun el oso
Con su sangre el tributo me han pagado?
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso
Dan el mas claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.
Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo á tu nacion amedrentada.
Al librarme venciste á mi enemigo.
En todo esto, señor, (con tu licencia)

Solo es digna del trono tu clemencia.
Se benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano:
Porque, señor, es llano,
Que el monarca será mas venturoso
Cuanto hiciere á su pueblo mas dichoso...
Con razon has hablado;
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha agena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.
Ellos me aseguraban de concierto,
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?

FABULA XI.

La Muerte.

Pensaba en elegir la reina Muerte
Un ministro de estado:
Le queria de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El tabardillo, gota, pulmonia,
Y todas las demas enfermedades,
Yo conozco, decia,

Que tienen escelentes calidades.
¿Mas qué importa? La peste por ejemplo,
Un ministro seria sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de estos elijo..... mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia;
Y despues de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la intemperancia.

FÁBULA XII.

El Amor y la Locura.

Habiendo la Locura
Con el Amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al cielo
Vénus, mas con qué gritos!
Era madre y esposa.
Con esto queda dicho.
Queréllase á los dioses
Presentando á su hijo:
¿De qué sirven las flechas,
De qué el arco á Cupido,

Faltándole la vista
Para asertar sus tiros?
Quiténsele las alas,
Y aquel ardiente cirio,
Si á su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos.
Atendiendo á que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y á que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
Ordeno á la Locura
Desde este instante mismo
Que eternamente sea
De Amor el lazarillo.

Libro Segundo.

FÁBULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados.
A un Raposo quitó de dia en dia
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocia,
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan:
Ahora conjuradas en mi daño,
¿No veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes
Al furor de mis garras divididos.
Apartad esas aves que aquí veo,

Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tiene los oidos penetrados.
Los Raposos le afirman con tristeza:
(No sin lamerse labios y narices)
Tienes debilitada la cabeza,
Ni una pluma se vé de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese...
¡O glotones! callad: ya os entiendo,
El enfermó esclamó: ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!
¿No sentís que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran esperiencia.
Espuestos á las trampas y á los perros,
Matais y perseguís á todo trapo
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del gazapo.
Moderad, hijos mios, las pasiones:
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganareis opinion muy estimada.
Aunque nos convirtamos en corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.
Jamas se cobra la opinion perdida;
Esto es lo uno: á mas, ¿usted pretende
Que mudemos de vida?

Quien malas mañas ha... ya V. me entiende.
Sin embargo, hermanito, crea, crea...
(El enfermo le dijo) mas que siento!.....
¿No oís que una Gallina cacarea?
Esto si que no es cuento.
A Dios, sermon: escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? pues tened presente
Que no me haria daño algun pollito.

FÁBULA II.

Las exequias de la Leona.

En su regia caverna inconsolable
El rey Leon yacia,
Porque en el mismo dia
Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste Rey el doloroso llanto.
Allí los cortesanos entre tanto
Tambien gemian, porque el rey lloraba;
Que si el viudo monarca se riera,
La corte lisongera
Trocara en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta, voy al caso.
Entre tanto sollozo
El ciervo no lloraba (yo lo creo),
Porque lleno de gozo

Miraba ya cumplido su deseo.
La tal reina le habia devorado
Un hijo y la muger al desdichado.
El ciervo, en fin, no llora:
El concurso lo advierte.
El Monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.
¿Cómo podré llorar, el Ciervo dijo,
Si apenas puedo hab'ar de regocijo?
Ya disfruta, gran Rey, mas venturosa
Los Elíseos campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado á la venida,
Muy cerca de la gruta aparecida:
Me mandó lo callase algun momento,
Porque gusta mostreis el sentimiento.
Dijo así: y el concurso cortesano
Aclamó por milagro la patraña.
El Ciervo consiguió que el Soberano
Cambiase en amistad su fiera saña.
Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que á mas príncipes vicia
La adulacion servil, que la malicia.

FÁBULA III.

El Poeta y la Rosa.

Una fresca mañana
En el florido campo
Un Poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una Rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca;
La toma, y dice ufano:
Quiero, Rosa, que vayas
No mas que por un rato
A que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
Mas no, no pobrecita,
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos zelos amargos.
Tu suave fragancia:
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas,
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas

Pueden ser alabados;
Mas junto á Clori bella
Es locura pensarlo.
Marchita, cabizbaja
Te irias deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.
La Rosa, que hasta entónces
No despegó sus labios,
Le dijo resentida:
Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Por labrar su corona
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.

FÁBULA IV.

El Buho y el Hombre.

Vivia en un granero retirado
Un reverendo Buho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte:
Al gran Turco imitaba en esta parte.

El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El Hombre le miraba, se reia:
¡Qué carita de pascua! le decia.
¿Puede haber mas ridículo visage?
Vaya, que eres un raro personage.
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la pájara gente,
Seguid desde la aurora
A la turba cantora
De gilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?
Piensas á lo vulgar: eres un necio,
Dijo el solemne Buho con desprecio:
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduría en mi semblante:
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean desde luego
Mi mérito conocen: no lo niego.
¡Ah, tonto, presumido!
(El hombre dijo así) ten entendido
Que las aves, muy lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,
Como yo á aquellos hombres que se alejan

Del trato de las gentes,
Y con estravagancias diferentes
Han llegado á doctores en la ciencia
De ser sabios no mas que en la apariencia.
De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos, y no pocos.

FÁBULA V.

La Mona.

Subió una Mona á un nogal;
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara le muerde;
Con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.
Asi suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla como la Mona
Al principio que vencer.

FABULA VI.

Esopo y un Ateniense.

Cercado de muchachos,
Y jugando á las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Mas que todos alegre.

Ah pobre! ya chochea,
Le dijo un Ateniense.
En respuesta el anciano
Coge un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
Ea, si es que lo entiendes,
Dime, qué significa
El arco de esta suerte?
Lo examina el de Atenas,
Piensa, cabila, vuelve,
Y se fatiga en vano,
Pues que no lo comprende.
El Frigio victorioso
Le dijo: amigo, advierte,
Que romperás el arco
Si está tirante siempre:
Si flojo: ha de servirte
Cuando tú lo quisieres:
Si al ánimo estudioso
Algun recreo dieren,
Volverá á sus tareas
Mucho mas útilmente.

FÁBULA VII.

Demetrio y Menandro.

Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes

Que en el mundo te tengan por grande hombre,
Sin mas que por tus galas y perfumes.
Demetrio el Phaleriano se apodera
De Aténas; y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman á porfiá.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos.
Aun á los que en el ócio se embelesan,
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento:
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio. Con perfumes olorosos,
Y pasos afectados entra: al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Archonte prorumpió enojado:
¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?
Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor. Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata espresion le da la mano.

FÁBULA VIII.

Las Hormigas.

Lo que hoy las Hormigas son
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo estraño
Hacian su provision.
Júpiter: que tal pasion
Notó de siglos atrás,
No pudiendo aguantar mas,
En Hormigas los transforma.
Ellos mudaron de forma:
¿Y de costumbres? Jamas.

FABULA IX.

Los Gatos escrupulosos.

A las once, y aun mas de la mañana
La cocinera Juana,
Con pretesto de hablar á la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
Al punto (pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos)
Se avanzan á probar de los cocidos.
Fú, dijo *Zapiron*, maldita olla,
Cómo abrasa! Veamos esa polla

Que está en el asador léjos del fuego.
Ya tambien escaldado, desde luego
Se arrima *Micifuf*, y en un instante
Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones á Villena.
Concluido el asunto,
El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum, si se podia ó no en conciencia
Comer el asador. ¡Ó qué demencia,
(Esclamó *Zapiron* en altos gritos)
Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y qué, si bien la cosa se examina,
Entre la batería de cocina
No hay un mueble mas serio y respetable?
Tu pasion te ha engañado miserable.
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos Gatos
De suerte timoratos
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores á millones,
(No hablo yo de las pollas) ó me engaño,
Ó no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapiron*
Se comieron un capon
En un asador metido.
Despues de haberse lamido
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No señor:
Era caso de conciencia.

FABULA X.

El Aguila y la asamblea de los Animales.

Todos los animales cada instante
Se quejaban á Júpiter tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El Dios (y con razon) amostazado,
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez á las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De recetor envia desde el cielo
Al Aguila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los Animales,

Y espusieron en suma cosas tales.
Pidió el leon la astucia del raposo,
Este de aquel lo fuerte y valeroso,
Envidia la paloma al gallo fiero,
El gallo á la paloma en lo ligero,
Quiere el sabueso patas mas felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;
Y en fin (cosa inaudita)
Los peces de las ondas ya cansados,
Quieren poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Despues de oirlo todo,
El Aguila concluye de este modo:
¿Vés, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningun destino?
¿Pues para qué envidiar el del vecino?
Con solo este discurso,
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.
De modo que es sabido
Que ya solo se matan los humanos
En envidiar la suerte á sus hermanos.

FABULA XI.

La Paloma.

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió;
Del golpe al suelo cayó,
Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Asi vuela al precipicio,
El hombre desenfrenado.

FÁBULA XII.

El Chibo afeitado.

Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cual es el animal mas presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavon, ni el gallo,
Ni el leon, ni el caballo:
Y asi no me fatigues con demandas. =
¿Será tal vez... el mono? = Cerca le andas. =

¿El mico? que te quemas;
Pero no acertarás; no, no lo temas.
Déjalo, no te causes el caletre.
Yo te diré cual es: el *Petimetre*.
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No para en los adornos su locura:
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones.
De perfumes va siempre prevenido;
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto mas se distingue, mas desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un Chibo, como muchos en el mundo,
Vano estremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente:
¡Qué lástima decia,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun bigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.

La historia fué en Tetuan, y todo el dia
La barberil guitarra se sentia:
El Chibo fué guiado de su tono
A la tienda de un mono
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña;
Al ver una figura tan estraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecató.
Los Chibos le desprecian, de manera
Que no hay mas que decir. ¡Quién lo cre-
Un respetable macho yera!
Dicen que se rió como un muchacho.

Libro Tercero.

FÁBULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES.

A ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras,
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amores;
Elisa, retirada te contemplo
De la diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres ménos donosa,
Ni ménos agraciada,
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa;
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡O sabia, que bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que solo dura
Como rosa que el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente

En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable con presteza,
O los males tal vez inopinados,
Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados
Serán aquellos dias que se fueron,
Y á juegos vanos tus amigas dieron:
Pero á tu bien estable
No hay tiempo ni accidente que consuma,
Siempre serás feliz, siempre estimable.
Eres sabia, y en suma
Este bien de la ciencia no perece:
Oye como esta fábula lo esplica,
Que mi respeto á tu virtud dedica.

Simónides en Asia se enriquece
Cantando á justo precio los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sabio poeta, con deseo
De volver á su amada patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embravecida
Fué la mísera nave sumergida.
De la gente á las ondas arrojada
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe,
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan á tierra afortunados
Con las náufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,

Con el peso abrumados perecieron.
A Clecémone van: allí vivia
Un varon literato, que leia
Las obras de Simónides, de suerte
Que al conversar los náufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce, le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Pero á sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II.

El Filósofo y la Pulga.

Meditando á sus solas cierto dia
Un pensador Filósofo, decia:
El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa

Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo en la playa envanecido
Mira los anchos mares: persuadido
A que las olas tienen por empleo
Solo satisfacerle su deseo;
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay (prosigue el Filósofo profundo)
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos, y las fieras
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento;
Y digo finalmente todo es mio.
¡O grandeza del hombre y poderío!

Una Pulga que oyó con gran cachaza
Al Filósofo Maza,
Dijo: cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada ménos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra,
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: todo es mio.
¡O grandeza de pulga y poderío!
Asi dijo; y saltando se le ausenta.
De este modo se afrenta
Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.

FABULA III.

El Cazador y los Conejos.

Poco ántes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De Cazador armado
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse

En las ramas espesas.
Los incautos Conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la yerba:
Otro, cual jardinero,
Las florecillas riega:
El tomillo y romero
Éste y aquel cercenan.
Entretanto al mas gordo
Fabio su tiro asesta:
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que á muchos pareciera
Que (salvo el muerto) á todos
Se los tragó la tierra.
¿Despues de tal espanto
Habrá alguno que crea
Que de allí á poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa estraña parece;
Mas no se admiren de ella:
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FÁBULA IV.

El Filósofo y el Faisan.

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman saludando al dia,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia:
Interrúmpese el canto:
Las aves vuelan á mayor distancia:
Todos los animales asustados
Huyen delante de él precipitados;
Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con cauto paso ocultamente,
Descubre sobre un árbol eminente
A un Faisan rodeado de su cria,
Que con amor materno la decia:
Hijos mios, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y alcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana;

Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa en suma
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien incomparable
De ayudar á las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprano el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores,
Y que toda perversa criatura,
Huireis con horror de su figura.
Asi charló; y el hombre se presenta,
Ese es, grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡O cómo habló el Faisan! *¡Mas qué dijera*
(El Filósofo esclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FÁBULA V.

El Zapatero Médico.

Un inhábil y hambriento Zapatero
En la corte por Médico corria:
Con un contraveneno que fingia
Ganó fama y dinero.
Estaba el Rey postrado en una cama
De una grave dolencia:
Para hacer esperiencia
Del talento del Médico, le llama.
El antídoto pide, y en un vaso
Finge el rey que le mezcla con veneno;
Se lo manda beber: el tal Galeno
Teme morir: confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia
Logró hacerse Doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el rey al pueblo: ¡qué demencia
Es la vuestra, esclamó, que habeis fiado
La salud francamente
De un hombre, á quien la gente
Ni aun queria fiarle su calzado!
Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el Charlatan su renta.

FABULA VI.

El Murciélago y la Comadreja.

Cayó sin saber como
Un murciélago á tierra,
Al instante le atrapa
La lista Comadreja.
Clamaba el desdichado
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: muere
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es raton cual todos
Los de su descendencia.
Con esto (¡qué fortuna!)
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
No sé de que manera,
Segunda vez le pilla:
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde
Que Júpiter la ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra. =
¿Soy yo raton acaso?

Yo creo que estás ciega.
¿Quiéres ver como vuelo?
En efecto, le deja,
Y á merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.
Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,
Murciélagos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses Comadrejas,
Tal puede de un riesgo
Sacarnos una treta.

FÁBULA VII.

La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
Qué! te irritas? te ofende mi lenguage? =
No se habla de ese modo á un personage. =
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un Caracol: vaya de chiste.
En un bello jardin cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recien nacida Mariposa.

El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcia:
Ella á su luz las alas estendia,
Solo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves, y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza
Vió muy cerca de sí sobre una rama
A un pardo Caracol. La bella dama
Irritada esclamó: ¿cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardin cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera?
O mátale al instante, ó vaya fuera.
Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
(Respondió el Caracol) en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias
Que gustosa solias
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?

¿No es tambien evidente,
Que eres por línea recta descendiente
De los orugos, pobres hilanderos,
Que mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo, en que el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si este fué tu origen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar á un caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ageno.

FABULA VIII.

Los dos Titiriteros.

Todo el pueblo admirado
Estaba en una plaza amontonado,
Y en medio se empinaba un Titiritero
Enseñando una bolsa sin dinero.
Pase de mano en mano, les decia,
Señores, no hay engaño, está vacía.
Se la vuelven, la sopla, y al momento
Derrama pesos duros, ¡qué portento!
Levántase un murmullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro Titiritero á competencia.

Queda en espectacion la concurrencia
Con silencio profundo,
Cesó el primero, y empezó el segundo.
Presenta de licor unos botellas
Algunos se arrojaron hácia ellas,
Y al punto las hallaron transformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones:
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Les echaron la garra muy ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.
Sople usted: sopla el hombre apresurado,
Y le cierra los labios un candado,
A un abate arrimado á su cortejo
Le presenta un espejo,
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vió con las orejas de pollino.
A un santero le manda
Que se acerque: le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.
A un jóven desenvuelto y rozagante
Le regala un diamante:
Este le dió á su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto:
Item mas, sin narices y sin dientes.
Allí fué la rechifla de las gentes:
La burla, y la chacota.

El primer Titiritero se alborota:
Dice por el segundo con denuedo:
Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina.
Que declare su nombre:
El concurso lo pide, y el buen hombre
Entónces mas modesto que un novicio,
Dijo: no soy el diablo, sino el vicio.

FÁBULA IX.

El Raposo y el Perro.

De un modo muy afable y amistoso
El mastin de un pastor con un Raposo.
Se solia juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierto dia
El zorro á su compadre le decia:
Estoy muy irritado:
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circumcirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera.... En esto el zorro calla,
Y erizado se agacha. Soy perdido,
(Dice) los cazadores he oido.
¿Qué me sucede? Nada.
No temas (le responde el ca[illegible],)

Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar aldas en cinta á mis vecinas
Coronadas con cestas de gallinas.
No estoy (dijo el Raposo) para fiestas:
Vete con tus gallinas, y tus cestas;
Y satiriza á otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladron? En mi conciencia
Que hablé (dijo el Mastin) con inocencia.
¿Yo pensar que has robado gallinero,
Cuando siempre te ví como un cordero?
Cordero! (esclamó el zorro) No hay aguante
Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada,
Hola! (concluye el Perro) camarada,
El ladron es usted segun se esplica.
El estuche molar al punto aplica
Al mísero Raposo,
Para que así escarmiente al cosquilloso,
Que de las Fabulillas se resiente.
Si no estás inocente,
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

Libro Cuarto.

FÁBULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico escelente,
Cura á todo doliente;
Pero *gratis:* no se hable de dinero.
El otro petimetre caballero
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis por aficion á cierta gente.
Verémos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño:
La prudente cautela no hace daño.
  Dejando los desvanes y rincones
El señor *Mirrimiz,* Gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña,
En parage sombrío
A la orilla de un rio
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.

El Gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes, pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *bravo, bravo.*
La turba, calla: cada cual procura
Alejarse, ó meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos.
Y al fin logró que le escuchasen todos.
No soy Gato montés ó campesino:
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fuí Gato de un maestro de capilla:
La música aprendí: y aun si me empeño,
Vereis como os la enseño,
Pero *gratis,* y en ménos de una hora,
¡Qué cosa tan sonora
Será el oir un coro de cantores,
Verbigracia, calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entónces con mas gracia,
Y mas diestro que el músico de Tracia,

Echando su compas hácia el mas gordo,
Consigue *gratis* merendarse un tordo.

FABULA II.

La danza pastoril.

A la sombra que ofrece
Un gran peñon tajado,
Por cuyo pie corria
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estio
Un delicioso prado.
Los árboles silvestres
Aquí y allí plantados,
El suelo siempre verde
De mil flores sembrado,
Mas agradable hacian
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta recostado
Debajo de una encina,
Con el albogue, Bato.
Al son de sus tonadas
Los pastores cercanos,
Sin olvidar algunos
La guarda del ganado,
Descendian ligeros
Desde la sierra al llano.
Las honestas zagalas

Segun iban llegando,
Bailaban lindamente
Asidas de las manos
En torno de la encina
Donde tocaba Bato.
De las espesas ramas
Se veia colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidia
Un mayoral anciano;
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volviesen
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guirnalda,
Que pendia del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala,
Que con sencillo agrado
Supo ganar á todas
En modestia y recato.

Si la virtud premiaran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiria,
Desde la corte al campo.

FÁBULA III.

Los dos Perros.

Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender irreprensible.
Sultan, Perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna escelente de carnero.
Pinto (gran tragador) su compañero
Le encuentra con la presa encarnizado,
Ojo al través; colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo:
¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado *Sultan?* (Pinto le dice)
¿No sabes, infelice,
Que un Perro infiel ingrato
No merece ser perro, sino gato?
¡Al amo, que nos fia
La custodia de casa noche y dia,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta,
Que le robas goloso
La pierna del carnero mas jugoso!
Como amigo te ruego
No la maltrates mas: déjala luego.
Hablas, dijo *Sultan,* perfectamente.
Una duda me queda solamente
Para seguir al punto tu consejo:
Dí: ¿te la comerás si yo la dejo?

FABULA IV.

La Moda.

Despues de haber corrido
Cierto danzante mono
Por cantones y plazas
De ciudad en ciudad el mundo todo,
Logró (dice la historia,
Aunque no cuenta el como)
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viagero
Reciben con mas gozo
Que á Pedro el Cesar los Rusos,
Que los griegos á Ulises generosos.
De leyes, de costumbres
Ni él habló, ni alguno otro
Le preguntó palabra;
Pero de trages y de modas todos.
En cierta gerigonza,
Con estrangero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De los mas *remarcables á los curiosos.*
Empecemos (decian)
Aunque sea por poco.
Hiciéronse zapatos
Con cáscaras de nueces por lo pronto.
Toda la raza mona

Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento
Trepa por los monos:
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de muy fácil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan desde entónces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda
De paises cercanos ó remotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse
En junta de políticos á fondo.
Con tan justo decreto,
Y el suceso horroroso
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarian de ser monos.

FÁBULA V.

El Lobo y el Mastin.

Trampas, redes y perros
Los zelosos pastores disponian

En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara.
Un Mastin con el Lobo de repente:
Y cada cual se para,
Tal como en Zama estaban frente á frente
Antes de la batalla muy serenos
Anibal y Scipion: ni mas ni ménos.
En esta suspension treguas propone
El Lobo á su enemigo.
El Mastin no se opone;
Antes le dice amigo,
Es cosa bien estraña por mi vida
Meterse un señor Lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al javalí, que venza al oso.
¿Mas qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?
El Lobo le responde: camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.
Se despiden, y toman el portanté.
  Informados del hecho
Los pastores se apuran y patean:
Agarran al mastin y le apalean.
Digo que fue bien hecho;

Pues en vez de ensalada en aquel año
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.
*¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo?*

FÁBULA VI.

La Hermosa y el Espejo.

Anarda la bella
Tenia un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos:
Colores de moda
Mas ó ménos vivos,
Plumas, sombreretes,
Lunares y rizos
Jamas en su adorno
Fueron admitidos,
Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenià mas brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al espejo:

Este era su amigo;
Y como se jacta
De fiel y sencillo,
Lisa y llanamente
La verdad la dijo
Anarda furiosa
Casi sin sentido
Le vuelve la espalda
Dando mil quejidos.
Desde aquel instante
Cuentan que no quiso
Volver á consultas
Con el señor mio.
Escúchame, Anarda:
Si buscas amigos,
Que te representen
Tus gracias y hechizos;
Mas que no te adviertan
Defectos, y aun vicios
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo:
Dime, ¿de qué modo
Podrás corregirlos?

FÁBULA VII.

El Viejo y el Chalan.

Fabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasion que le domina;

¿Mas qué importa, señor? si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
  Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuando pide el empleo que pretende.
Y que, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?...
  Trataba un Viejo de comprar un perro
Paraque le guardase los doblones;
Le decia el Chalan estas razones:
Con un collar de hierro
  Que tenga el animal, échenle gente:
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
  De ser algo goloso. ...
¿Goloso? (dice el rico.) No le quiero.
No es para marmiton, ni despensero,
Continúa el Chalan muy presuroso,
  Sino para valiente centinela.
Ménos, concluye el Viejo:
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entretanto la cazuela.

FABULA VIII.

La Gata con cascabeles.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,

Del pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apenas divisarlas se podia,
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia:
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,
Y se lo puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella:
A todos enamora,
Tanto que en la gatesca compañía,
Cual dice su atrevido pensamiento,
Cual se encrespa zeloso;
Riñen éste y aquel con ardimiento,
Pues con ansia queria
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maulidos
Levántase *Garraf*, gato prudente:
Y á los enfurecidos
L's grita: noble gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,

Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provision en los desvanes,
Mientras ella cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?
Marchose *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran mas que la apariencia!

FABULA IX.

El Ruiseñor y el Mochuelo.

Una noche de mayo
Dentro de un bosque espeso,
Donde segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo,
Cuando todo viviente
Disfrutaba del dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos zelos.
Despues de mil querellas,
Que llegaron al cielo,

A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo,
Cuando sin saber como
Un cazador Mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamas Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo:
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudian su muerte: yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme
Mientras que yo dormia en blando lecho,
En lugar de los *bravos,*
Diria: caballero,
¡Qué no viniese ahora
Para tal Ruiseñor algun Mochuelo!
Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FÁBULA X.

El Amo y el Perro.

Callen todos los perros de este mundo
Donde está mi *Palomo:*
Es fiel, decia el Amo, sin segundo,
Y me guarda la casa... ¿Pero cómo?
Con la despensa abierta
Le dejé cierto dia;
En medio de la puerta
De guardia se plantó con bizarría.
Un formidable gato,
En vez de perseguir á los ratones,
Se venia guiado del olfato
A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente:
El gatazo se encrespa y acalora:
Riñen sangrientamente,
Y mi *Guarda-jamones* le devora.
Esto contaba el Amo á sus amigos,
Y despues á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenia al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices:
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
Dentro de este retiro á penitencia

El triste fué metido
Despues de algunos dias de abstinencia
Al fin, ya su señor compadecido
Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas agachado:
Al Amo se acercaba el pobre Perro,
Lamiéndose el hocico ensangrentado.
El dueño se alborota y enfurece
Con tan fatales nuevas.
Yo le preguntaria: ¿Y qué merece
Quien la virtud espone á tales pruebas?

FÁBULA XI.

Los dos Cazadores.

Que en una marcial funcion,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razon.
Pero el que por diversion
Esponer su vida quiera
A juguete de una fiera,
O peligros no menores,
Sepa de dos Cazadores
Una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso,
Y Juan Carranza el prudente,
Vieron venir frente á frente
Al lobo mas horroroso.

El prudente, temeroso
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FABULA XII.

El Gato y el Cazador.

Cierto Gato en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino,
(Que no seria Gato de convento)
Pasó de ciudadano á campesino,
Metióse santamente
Dentro de una cobacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el noble hermitaño
Probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil escesos;
Mas al fin por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte: le persigue:
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero:

Quiere darle la muerte:
El animal le dice: caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,
Metido en la prision y sin delito. =
¿Sin delito me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes? =
Señor, eran conejos y perdices;
Y yo no hacia mas, á fé de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato. =
Ea, pícaro, muere,
Que tu mala razon no satisface.
Con que sea la cosa que se fuere
¿La podrá usted hacer si otro la hace?

FABULA XIII.

El Pastor.

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y por oirle el rebaño
Se olvidaba de pacer.
Mejor seria romper
La zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad
En vez de virtud es vicio.

FABULA XIV.

El Tordo flautista.

Era un gusto el oir, era un encanto
A un Tordo gran flautista, pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasion me ciega,
O á Mison le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando á la aurora,
Y la turba confusa charladora
La canta sin compás, y con destreza
Todo cuanto la viene á la cabeza,
El Flautista empezó: cesó el concierto
Los pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el billano.
Al escuchar las aves tales cosas,
Quedaron admiradas y envidiosas,
Los gilgueros preciados de cantores,
Los vanos ruiseñores,
Unos y otros corridos,
Callan entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: camaradas,
Ni saben, ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos.
Sabed, que con un hábil zapatero

Estudié un año entero;
Él dale que le das á sus zapatos,
Y alternando, silvábamos á ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver á las aves de mi parte
Lo que gana el ingenio con el arte.

FABULA XV.

El Raposo y el Lobo.

Un triste Raposo
Por medio de llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en campo santo.
Un Lobo le dijo:
Hola, buen hermano;
Diga ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
¡Ay de mí! (responde)
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Dónde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Despues de algun tiempo
Iba yo cazando,

Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.
El Lobo le dice:
Creible es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo,
Y deshorejado
Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.
¡Qué el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase;
¡Pero á los humanos!

FÁBULA XVI.

El Ciudadano Pastor.

Cierto jóven leia
En versos escelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenia la cabeza

Llena de prados, fuentes,
Pastores y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin, cierta mañana
Prorrumpe de esta suerte:
¡Yo he de estar prisionero
Cercado de paredes,
Esclavo de los hombres,
Y sujeto á las leyes,
Pudiendo entre pastores
Grata y sencillamente
Disfrutar desde ahora
La libertad campestre!
De la ciudad al bosque
Me marcho para siempre:
Allí naturaleza
Me brinda con sus bienes,
Los árboles y rios
Con frutas y con peces,
Los ganados y abejas
Con la miel y la leche:
Hasta las duras rocas
Habitacion me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia
¿Cuántas y cuántas veces,
Al son de dulces flautas,
Y sonoros rabeles,
Oiré los pastores,

Que discretos contienden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya diviso
Entre el ramage verde
A la Pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pié de un olmo,
Una guirnalda teje.
¿Si será para Mopso?....
Tanto el jóven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,
Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un ravadan encuentra,
Y le pregunta alegre:
Dime, ¿es de Melibeo
Ese ganado? = Miente,
Que es mio; y sobre todo,
Sea de quien se fuere.
No respondió el buen hombre
Muy poeticamente.
El jóven temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar mas palabra
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,

Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la Pastora viese,
¡O Nise fementida!
(Esclama) ¡cuántas veces
Siendo niña querias
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!
Diciendo así, se acerca.
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo,
Dice: ¿qué me sucede?
¿Son estos los pastores
Discretos inocentes,
Que pintan los poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero esponerme.
Rendido, cabiloso
A la ciudad se vuelve.
Yo siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mi fé que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,

Los hielos y las nieves
Le hubieran persuadido
Mucho mas vivamente,
Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en la esperiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FABULA XVII.

El Ladron.

Por catar una colmena
Cierto goloso Ladron,
Del venenoso aguijon
Tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está muy buena:
Es un bocado esquisito:
Por el aguijon maldito
No volveré al colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!

FABULA XVIII.

El Jóven Filósofo y sus compañeros.

Un Jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo

Salió por fin á visitar al mundo.
Concurrió, cierto dia
Entre civil y alegre compañia
A una mesa abundante y primorosa.
¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!
El Jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de esquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuando usted ha esclamado será cierto;
Mas en fin (le decian) ya está muerto.
Pruébelo por su vida... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé que olorcillo,
Que exalaba el caliente pajarillo,
Al Jóven persuadieron de manera,
Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,

Con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el Jóven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

FABULA XIX.

El Elefante, el Toro, el Asno y los demas Animales.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la mas pelada y alta roca
Un Asno trompetero los convoca.
El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto,
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem* el Pollino)
Imponiendo silencio el Elefante,

Así dijo: señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
Los árboles arranco con la mano: (1)
Venzo al Leon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido:
En la paz y en la guerra soy tenido
Por un bruto invencible,
No solo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo coleto, y grave masa,
Que hace temblar la tierra donde pasa
Mas, señores, con todo lo que cuento,
Solo de vegetales me alimento;
Y como á nadie daño, soy querido,
Mucho mas respetado que temido.
Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
Las que haceis profesion de carniceras,
Y no hagais por comer atroces muertes,
Puesto que no sereis ni ménos fuertes,
Ni menos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales,
Viviendo como yo de vegetales.
Gran pensamiento, (dicen) gran discurso,

(1) Buffon en la *Historia Natural*, artículo del *Elefante*, llama así á la trompa de este animal.

Y nadie se le opone del concurso.
Habló despues un Toro de Jarama:
Escarba el polvo, cabecea, brama,
Vengan (dice) los Lobos y los Osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con que donaire
Les haré que volteen por el aire.
¡Qué! ¿son ménos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
¿Pues por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas que alimentan
En los bosques y prados
A los mas generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante
O sino de la trompa al Elefante.
La asamblea aprobó cuanto decia
El Toro con razon y valentia.
Seguíase á los dos en el asiento
Por falta de buen órden el Jumento,
Y con rubor espuso sus razones.
Los Milanos (prorrumpe) y los Alcones,
(No ofendo á los presentes, ni quisiera)
Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del Borrico.
Ellos querrán ahora como bobos
Comer la yerba á los señores Lobos.
Nada ménos: aprendan los malditos

De las Chochaperdices, ó Chorlitos,
Que sin hacer á los Jumentos guerra,
Embainan sus picotes en la tierra:
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar, ni morder en lo viviente.
Necedad, disparate, impertinencia,
(Gritaba aquí y allí la concurrencia).
Haya silencio, (claman) haya modo.
Alborótase todo:
Crece la confusion, la grita crece:
Por mas que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desórden la asamblea.
A dios, gran pensamiento: á dios idea.
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con mas acierto
El Elefante y Toro? No por cierto.
¿Pues por qué solamente al buen Pollino
Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo Elefante, no te asombres:
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupacion tan peligrosa!

FIN.



TABLA

DE LAS FABULAS

QUE CONTIENEN ESTOS DOS TOMOS.

TOMO I.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

TOMO II.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.




BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001917552